

ahora que la revolucion le ha convencido de su necesidad, es preciso convencerle de su posibilidad. En nuestras manos, el rey puede servirla mejor que ningun otro ciudadano del reino, é ilustrando á este príncipe, nosotros podemos ser fieles á la vez á sus verdaderos intereses y á los de la nacion. Es menester que el rey y la revolucion sean en nosotros una misma cosa.»

De esta manera hablaba Roland en los primeros dias de su elevacion al poder. Escuchábale su mujer con la sonrisa de la incredulidad en los labios, porque habia abarcado á la primera mirada otra carrera más vasta y otro término más decisivo que aquella transaccion tímida y transitoria entre un trono degradado y una revolucion incompleta. A esta mujer le hubiese costado mucho renunciar al ideal de su alma fogosa; todos sus votos tendian hácia la república; todos sus actos, todas sus palabras y todos sus suspiros debian, sin saberlo ella, precipitar á su marido y á sus amigos en aquella forma de gobierno.

«Desconfia de la perfidia de todos, y desconfia sobre todo de tu propia virtud,—respondía aquella mujer al débil y orgulloso Roland.—Tú vives ahora en medio de una corte donde todo es apariencias, y donde las palabras más dulces ocultan las más siniestras intenciones. Tú no eres más que un plebeyo honrado, extraviado en medio de esos cortesanos, ó por mejor decir, una virtud expuesta á todos los peligros en medio de tantos vicios; los cortesanos saben hablar nuestro idioma, y nosotros ignoramos el suyo. ¿Cómo han de dejar de engañarnos? Luis XVI, de una raza embrutecida, hombre de cortos alcances y sin energía, se ha dejado dominar desde su juventud por unas preocupaciones religiosas que han enervado su alma. Dejándose llevar por una reina aturdida, que á la insolencia austriaca reúne la embriaguez de la belleza y del alto rango en que la ha colocado la suerte, mujer que ademas hace de su corte secreta y corrompida el santuario de sus placeres y el culto de sus vicios, resulta de todo esto que ese príncipe, fanatizado por una parte por los curas y ciego de amor por otra, maneja las riendas del Estado segun las distintas inspiraciones que recibe; razon por la cual están muy próximas á escapársele de las manos. Agotada Francia de hombres, no le ofrece ya ni en Maurepas, ni en Necker, ni en Calonne unos ministros capaces de dirigirle; la aristocracia infecunda no produce ya sino escándalos; es preciso que el gobierno salga de otra capa más honda y más sana de la nacion. Ha llegado el tiempo de la democracia; ¿por qué le retardais? Vosotros sois sus hombres, sus virtudes, sus caracteres y sus luces. La revolucion está detras de vosotros y os saluda é impulsa á obrar. ¿Seríais capaces de engañarla abusando de su confianza y entregándola á la primer sonrisa en manos de un rey, porque este rey tiene la hombría de bien y la sencillez de un hombre del pueblo? No; Luis XVI, medio destronado por la nacion, no puede amar la Constitucion que le encadena; él puede fingir que lleva gustoso sus grillos, pero su único pensamiento es ver el modo de poder quitárselos. Su único recurso en el dia es protestar su adhesion á la revolucion para adormecer de este modo á los ministros encargados por ella de vigilar de cerca sus tramasy ese fingimiento es la última y más peligrosa de las conspiraciones del trono. La Constitucion es la caducidad de Luis XVI, y los ministros patriotas son sus vigilantes; no hay ninguna grandeza abatida que ame sinceramente su caducidad, ni hombre que se goce en su propia humillacion. Cree á la naturaleza humana, Roland, ella es la única que jamás engaña; desconfia de las cortes. Tu virtud es demasiado



sublime para que veas los lazos que tienden los cortesanos en el terreno que pisas.»

Semejante lenguaje hacía dudar á Roland. Brissot, Condorcet, Vergniaud, Gensonné, Guadet, y sobre todo Buzot, amigo y confidente íntimo de madama Roland, trataban de infundir á aquél la misma desconfianza respecto al rey, en las reuniones que tenían de noche en su casa. Estos esfuerzos reunidos influían mucho en el nuevo ministro, que al día siguiente entraba en el Consejo arrugando el entrecejo y armado de un estoicismo implacable, pero muy en breve le desarmaba el rey con su franqueza. Dumouriez le desanimaba con su jovialidad, el poder le ablandaba con su prestigio. El trataba de aplazar en cuanto le fuese posible las dos grandes dificultades del momento, que consistían en la sancion del rey á los dos decretos que más repugnaban á su corazón y á su conciencia, á saber: el que se habia dado contra los emigrados, y el otro contra los sacerdotes no juramentados; finalmente, trataba también de dar largas á la guerra.

Dumouriez se pone el gorro encarnado en los Jacobinos.—Pág. 334.

V

Durante esta tergiversacion de Roland y sus colegas, Dumouriez iba apoderándose del ánimo del rey y del favor del público, y todo el secreto de su política estaba contenido en las palabras que poco ántes habia dicho á Mr. de Montmorin en una conferencia reservada que habian tenido: «Si yo fuese rey de Francia, sabria burlarme de todos los partidos poniéndome á la cabeza de la revolucion.»

Estas palabras encerraban la única política capaz de salvar á Luis XVI. En épocas de revolucion, todo rey que no es revolucionario parece inevitablemente por el choque de los dos partidos opuestos; un rey, en cuanto se declara neutro, no reina ya; un rey perdonado rebaja el trono; un rey vencido por su pueblo no tiene otro asilo que el destierro ó el cadalso. Dumouriez conocia que ante todo le era preciso convencer al rey de su íntima adhesion hácia su persona; iniciarle en la confianza, ó por decirlo así, en la complicidad del papel patriótico que él se proponia desempeñar; hacerse el mediador secreto entre las voluntades del monarca y las exigencias del Consejo, y dominar de este modo, al rey por su influencia sobre los girondinos, y á éstos por su influencia sobre el rey. Este papel de favorito de la desgracia y protector de una reina perseguida halagaba tanto la ambicion de Dumouriez como estaba en armonía con las aspiraciones de su corazon. Militar, diplomático y caballero, los sentimientos que abrigaba en su alma hácia un trono degradado eran muy distintos de aquella envidia satisfecha que se notaba en los girondinos. El prestigio del trono existia para Dumouriez; el de la libertad era el único que existia para los girondinos. Las buenas disposiciones de Dumouriez respecto al trono, reveladas en su actitud, en su lenguaje y en todas sus acciones, no podian pasar desapercibidas para Luis XVI por mucho tiempo. Los reyes tienen un tacto particular que el infortunio hace más delicado; los desgraciados conocen la compasion que inspiran con sólo que se les dirija una mirada, y como éste es el único homenaje que les es permitido recibir, son muy celosos de él. En una conversacion secreta, el rey y Dumouriez pudieron franquearse recíprocamente.

Las apariencias turbulentas de Dumouriez en los distintos mandos que habia obtenido hasta entónces, su amistad con Gensonné y el favor de los jacobinos, habian prevenido á Luis XVI en contra suya. El ministro por su parte esperaba hallar en el rey un espíritu rebelde á la Constitucion, un corazon resentido por los ultrajes del pueblo, un talento limitado por la rutina, un exterior brusco y una palabra dominante y capaz de humillar á cuantos se le acercasen. Tal era la opinion falsa que la nacion tenia de su rey, porque para lograr que ésta le aborreciese, era preciso presentarle enteramente distinto de lo que era en realidad.

Dumouriez, desde el primer dia, así como en los tres meses que duró su ministerio, vió en el rey un talento despejado, un corazon siempre dispuesto á hacer el bien, una educacion esmerada y una longanimidad y una paciencia capaces de hacer frente á todas las calamidades que le rodeaban. Sólo se advertia en Luis XVI una timidez extrema, resultado del largo retiro en que le habia tenido Luis XV, timidez que le impedia manifestar libremente los sentimientos de su corazon y que daba á su lenguaje en las relaciones que mantenía con los demas hombres cierta sequedad y una especie de indecision que quitaban toda la gracia á lo que decia. Dotado de un valor reflexivo é impávido, habló muchas veces con Dumouriez de su muerte como de un acontecimiento probable y fatal, cuya perspectiva no alteraba su serenidad, ni tampoco le impidió cumplir hasta el último momento con los deberes de padre y de rey.

Dumouriez se le acercó un dia con aquel enternecimiento caballeresco y con aquel respeto compasivo que inspira la desgracia en un corazon noble y generoso, y le dijo: «Señor, veo que estais ya desengañado de todas las prevenciones que contra mí teniais. Vos me habeis mandado por conducto de Mr. de Laporte que

accepte un cargo que habia renunciado anteriormente». «Así es»,—dijo el rey. «Pues bien, señor, yo vengo á sacrificarme enteramente por vuestro servicio y por salvaros. Mas el papel de ministro no es ahora lo que era en tiempos antiguos, y yo, sin dejar de ser servidor del rey, pertenezco también á la nacion. Yo os hablaré siempre en público el lenguaje de la libertad y de la Constitucion, y espero que me permitireis que en el Consejo y en cualquiera otra parte disimule mi adhesion á vuestra augusta persona, y que desempeñando mi papel de ministro constitucional, evite toda relacion con V. M. para no infundir sospechas. Así, desde este punto prescindo de toda etiqueta, no vendré á haceros la corte; en el Consejo contrariaré vuestra opinion, y nombraré para representar á Francia en el extranjero á hombres enteramente adictos al nuevo orden de cosas. Cuando vuestra repugnancia á mi eleccion sea invencible y motivada, obedeceré; pero si esta repugnancia llega hasta el extremo de que puedan comprometerse por ella vuestra salvacion y la de la patria, entónces os suplicaré que me permitais retirarme y que nombreis á otro en mi lugar. Pensad en los terribles peligros que asedian vuestro trono. Es preciso afianzarle confiando vos en la nacion y haciendo que ésta confie en la sinceridad de vuestra adhesion á la revolucion. De vos sólo depende hacer esta conquista, y yo por mi parte ya tengo redactadas cuatro notas en que hablo en este mismo sentido á los embajadores. El lenguaje que uso en ellas es desconocido, ó por mejor decir, inusitado en las relaciones oficiales de unas cortes con otras, porque es el lenguaje de una nacion ofendida y resuelta. Hoy las leeré delante de vos en el Consejo. Si aprobais mi trabajo, continuaré hablando del mismo modo y obraré en conformidad con mis palabras; si no, mi equipaje está dispuesto, y no pudiendo serviros con mis consejos, iré adonde me llaman mis inclinaciones y mis treinta años de estudios, es decir, á servir á mi patria con las armas en la mano.»

Atónito el rey y enternecido, le dijo: «Me gusta vuestra franqueza, sé que me sois adicto y espero mucho de vuestros servicios. Efectivamente, estaba impresionado contra vos; pero todo ha desaparecido en este momento. Id, y obrad segun os dicte vuestro corazon y segun convenga á los intereses de la nacion, que son también los míos». Dumouriez se retiró; pero sabia que la reina, adorada de su marido, manejaba al rey, valiéndose de la pasion que éste la tenia y sacando partido de la volubilidad de su espíritu. Aquel hombre deseaba y temia al mismo tiempo tener una entrevista con aquella princesa. Una palabra suya podia llevar á cabo ó trastornar enteramente la empresa atrevida que él habia concebido de reconciliar al rey con la nacion.

La reina mandó llamar al general y le recibió en una de las piezas más retiradas de su habitacion. Dumouriez la halló sola, manifestando en su semblante la emocion de una lucha interior y paseándose apresuradamente por el cuarto, como si la agitacion de sus pensamientos le prescribiese el movimiento corporal. Dumouriez, sin decir nada, fué á colocarse al lado de una chimenea, en donde permaneció en la respetuosa y triste postura que le inspiraba el ver en aquel estado de abatimiento á una princesa tan hermosa como desgraciada. La reina se dirigió hácia él, y con un acento en que se descubria á la vez el resentimiento del infortunio y el desprecio de la suerte, le dijo: «Caballero, en este momento lo podeis todo, pero lo podeis por el favor del pueblo, y éste hace pedazos sus ídolos con la misma facilidad con que los ha elevado». Entónces, sin dar lugar á que el general respon-

diese, prosiguió diciendo: «Vuestra existencia depende de vuestra conducta. Dicen que sois hombre de talento; si esto es así, ya debéis figuraros que ni el rey ni yo podemos sufrir todas estas novedades de la Constitucion. Tenedlo entendido así, puesto que yo os lo declaro terminantemente, y adoptad el partido que os convenga seguir». «Señora,—respondió Dumouriez confundido,—estoy aterrado con la peligrosa confianza que acaba de hacerme V. M.; no seré yo quien la venda, pero me hallo entre el rey y la nacion y pertenezco á mi patria. Dejadme—continuó con el mayor respeto—que os represente que la salvacion del rey, la vuestra, la de vuestros hijos, y hasta el restablecimiento de la autoridad real, dependen en el dia de la Constitucion. Vosotros os hallais rodeados de enemigos que os sacrifican á sus propios intereses, y únicamente la Constitucion, si llega á consolidarse, es la que puede cubriros y hacer la felicidad y la gloria del rey.» «Esto no durará mucho. ¡Andad con cuidado!»—replicó la reina, mirándole al mismo tiempo con un aire indignado y amenazador. Dumouriez creyó ver en aquella mirada y oír en aquellas palabras una alusion á los peligros personales que podria correr y una insinuacion dirigida al miedo. «Señora,—contestó en voz baja y con un acento en que la firmeza del soldado iba unida al enternecimiento del hombre,—tengo ya más de cincuenta años, y me he visto expuesto á muchos peligros durante mi vida; así es que he comprendido desde el principio que mi responsabilidad al aceptar el ministerio no era el peligro más grande que me amenazaba.» «¡Ah!—exclamó la reina horrorizada.—¡Ya no me faltaba más que esta calumnia y este oprobio! A lo que veo, creéis que yo soy capaz de mandaros asesinar.» Copiosas lágrimas de indignacion le impidieron decir más. Dumouriez, tan conmovido como ella, rechazó aquella odiosa interpretacion que daba la reina á lo que él le había dicho. «¡Libre-me Dios, señora,—le dijo,—de haceros tan grave ofensa! Vuestra alma es grande y noble, y el heroísmo que habeis mostrado en cien ocasiones me ha unido para siempre á vos.» Calmóse la reina al oír estas palabras, y apoyó su hermosa mano en el brazo de Dumouriez en señal de reconciliacion.

El ministro aprovechó aquel momento de tranquilidad y de confianza para dar á María Antonieta unos consejos cuya sinceridad interpretaba la alteracion visible de su rostro y de su voz. «Creedme, señora,—le dijo,—no tengo ningun interes en engañaros; detesto tanto como vos la anarquía y sus crímenes; pero tengo experiencia, vivo entre los partidos, participo de sus opiniones, y como estoy muy inmediato al pueblo, me hallo mejor colocado que V. M. para poder juzgar el alcance y la direccion de los acontecimientos. Este no es un movimiento popular, como vos parece que creéis, es la insurreccion casi unánime de una gran nacion contra un orden de cosas inveterado y en decadencia. Grandes facciones atizan el incendio, y hay en todas ellas hombres locos y malvados. Yo no veo en la revolucion sino al rey y á Francia, y todo lo que tienda á separarlos, los pierde irremisiblemente; por lo cual aspiro á reunir ambas cosas, y vos sois la única que podeis ayudarme para conseguirlo. Si yo soy un obstáculo para vuestros intentos, y si vos persistis en creerlo así, decídmelo al instante y me retiro á una soledad á llorar con libertad por la suerte de mi patria y por la vuestra.» La reina se enterneció y quedó convencida. La franqueza de Dumouriez la sedujo, y el corazon leal del soldado le respondia de la sinceridad de las palabras del hombre diplomático. Firme, valiente y heroica, preferia aquella espada en el Consejo del rey á toda la política

de ciertos oradores almirados que seguian todos los impulsos de la opinion ó de la sedicion. Desde entónces se estableció una confianza íntima entre la reina y el general.

La reina se mantuvo fiel á sus promesas un cuanto tiempo. Los repetidos ultrajes del pueblo volvieron á impulsarla á pesar suyo hácia la conspiracion, y le hicieron tambien que se dejase dominar por la ira. «¡Mirad!—decia un dia al rey delante de Dumouriez.—Prisionera en este palacio, no me atrevo á asomarme á las ventanas de mi cuarto por la parte del jardin. La turba que está allí estacionada espiondo mis lágrimas, me silba en cuanto me asomo. Ayer, para respirar, he abierto un poco una de las ventanas que dan al patio, y uno de los artilleros que estaban de guardia me ha insultado infamemente... «¡Cuánto gusto tendria—ha dicho—en ver tu cabeza en la punta de mi bayoneta!...» En este horroroso jardin se ve por un lado á un hombre subido en una silla, dirigiéndonos los insultos más odiosos y amenazando con la mano á todos los que habitan en palacio; por otro lado suele verse á algun militar ó algun sacerdote á quien la turba amotinada persigue, llenándolos de golpes y de ultrajes. A dos pasos de allí, otros juegan ó se pasean tranquilamente por la arboleda. ¡Qué mansion, Dios mio! ¡Qué vida! ¡Qué pueblo éste!» Dumouriez no podia hacer otra cosa que llorar con la familia real y aconsejarle la paciencia. Pero la paciencia de las víctimas se cansa ántes que la crueldad de los verdugos que las atormentan. ¿Podia exigirse de buena fe que una princesa valiente, altiva y habituada á verse adorada por su corte y por todo el mundo, amase en la revolucion el instrumento de sus humillaciones y sus suplicios, ni que viese en aquel pueblo indiferente ó cruel una nacion digna de ser libre y de obtener la soberanía?

VI

Después que Dumouriez se hubo puesto de acuerdo con la corte, no titubeó en atravesar todo el espacio que separaba al rey del partido extremo, y en hacer que el gobierno se lanzase en la senda del más exaltado patriotismo. Dirigióse á los Jacobinos y se presentó con la mayor osadía en la sesion del día que siguió á su entrevista con el rey. La sala de sesiones estaba llena, y las tribunas, al ver á Dumouriez, permanecieron silenciosas y atónitas al mismo tiempo. Su figura marcial y el aire militar con que andaba le ganaron desde luego el favor de la Asamblea, y nadie sospecha que haya tanta audacia oculta en aquel hombre astuto. Nadie ve en él sino un ministro que se abandona enteramente en brazos del pueblo, y todos los corazones se abren para servirle.

Esta era la época en que el gorro encarnado, símbolo de las opiniones más exageradas y especie de librea del pueblo con la cual se adornaban sus demagogos y sus aduladores, acababa de ser adoptado casi por unanimidad por los jacobinos. Este signo, como otros muchos parecidos á él y adoptados por las revoluciones por una casualidad, era un misterio hasta para los mismos que lo llevaban. El primer dia que habia aparecido en público puesto en un palo, fué el del triunfo de los soldados de Chateauvieux. Unos decian que era el distintivo de los presidiarios, infame en otros tiempos, glorioso después de haber cubierto las sienes de aquellos mártires de la revolucion; decíase tambien que el pueblo habia querido purificar aquel gorro de toda infamia llevándole como una especie de estandarte